

*La extensión contra la exactitud.
Un traspiés del historiador uruguayo
Eduardo Acevedo*

VÍCTOR SANZ

Universidad de Caracas

Para los lectores no uruguayos, que no estén demasiado familiarizados con la obra de este historiador, no estará de más comenzar recordando que Eduardo Acevedo constituye sin discusión la cima de la historiografía uruguaya durante los cuarenta primeros años de este siglo. Su obra más importante, los *Anales históricos del Uruguay*, data de la última de estas cuatro décadas. Iniciada su publicación en 1933, se fue desgranando en seis gruesos volúmenes, que marcaron un hito insoslayable en la producción histórica uruguaya, de la que constituye la obra de mayor aliento. Una obra que, en más de un punto, no ha sido superada, al tiempo que provee la base de ulteriores investigaciones, por haberse adelantado su autor como pionero en zonas hasta entonces no transitadas.

Lamentablemente, no puede decirse lo mismo desde el punto de vista de su rigor metodológico. Por cierto, que no se trata del primer caso de esta naturaleza. Es, incluso, bastante frecuente que el deseo de abarcar un vasto panorama o el de producir una obra monumental, o ambas cosas a la vez, lleve a descuidar los detalles. Esos detalles que tanto enojaba a Voltaire que le rectificaran, aunque no tuviera reparo en rectificarlos de *motu proprio*. Y no le faltaba razón en más de un caso. Porque resulta relativamente fácil sorprender a un gran historiador en una falla de atención, y jactancia pedante y ridícula la del crítico que con eso sólo piensa auparse sobre él, cuando ni siquiera fue capaz de concebir una obra semejante.

Pero hay detalles y detalles. Un error cronológico, la modificación de un nombre poco conocido, el trastrueque de unos datos no muy relevantes en relación con el propósito de la obra, son ampliamente disculpables. Por aquello del tan reiterado *errare humanum est*. Pero

hay otras fallas que se agigantan por sobre su importancia intrínseca, cuando nos revelan algo más profundo. Cuando ponen al descubierto la existencia de esos dos grandes enemigos que acechan a todo historiador y que triunfan de tantos de ellos: la pasión obnubilante y la precipitación metodológica.

Pues bien, de uno de esos errores significativos se va a tratar aquí. Y en él se va a manifestar no sólo uno de esos enemigos, sino los dos a la vez.

La crítica de la obra de Eduardo Acevedo no es de aquí ni de ahora. Ha sido hecha en más de un aspecto. Se le ha reprochado con justicia (y cualquiera que la repase puede darse cuenta de ello), haber acumulado un copiosísimo caudal de información que incluye los datos más nimios, sin la suficiente precisión cronológica ni tampoco metodológica (pues, le ocurre con frecuencia citar sin mención, no sólo de página, sino ni siquiera de obra o autor) y sin un mínimo atisbo de crítica o interpretación. También haber compartimentado rígidamente los hechos económicos, culturales, administrativos y otros, apretujándolos en el estrecho molde político de las sucesivas presidencias y, por tanto, subordinándolos a ellas. Pero, aunque encuadrándolos en un marco propio, ¿no habían hecho algo parecido Voltaire e incluso Mommsen? Y si puede alegarse que otro era el estado de la investigación, lo cierto es que Eduardo Acevedo se movía también, como acabo de indicar, en terreno inexplorado.

Se conviene igualmente, en general, por un lado, en que la rigurosidad histórica no fue una de las cualidades que le caracterizaron. Y, por otro, en que la pasión le hizo ver a menudo con marcados matices personales el proceso histórico que trazó en su ingente obra. Pasión que, como no podía ser menos, le hizo falsear más de una vez la realidad histórica con apreciaciones apresuradas o poco meditadas.

Particularmente cáustico en este aspecto fue Luis Azarola Gil, otro historiador uruguayo, amante del detalle y perseguidor de los datos genealógicos, que dedicó un folleto a señalar y destruir *Las herejías del Dr. Eduardo Acevedo*, afirmando que su obra estaba «plagada de versiones inverídicas y de juicios equivocados», y despojando al autor de su condición de historiador, para no reconocerle más que la de periodista. Prendado del pasado hispánico, que, es cierto, no revistió en Uruguay el perfil que en otras latitudes¹, centró su crítica en la parte relativa a la historia colonial, que no tiene, en la obra mencionada, más que un carácter introductorio. Salvedad necesaria, puesto que a

¹ Más de la mitad de la historia colonial del Uruguay (que puede encuadrarse entre la fundación de Montevideo en 1726 y la Junta de 1808) transcurrió bajo los progresistas reinados de Fernando VI y Carlos III (1746-1788).

esa parte se refiere el ejemplo de que nos vamos a ocupar, que no es mencionado, sin embargo, por Azarola.

Lo vamos a hacer con el simple propósito de aportar un elemento más que contribuya, en alguna medida, a un mejor conocimiento del historiador uruguayo, no con ánimo de empañar aún más su figura, sino fundamentalmente con el de llamar la atención de los estudiosos sobre la cautela con que debe ser manejado.

Es, pues, el caso, que, en el pasaje en que trata de la vida edilicia durante el virreinato, se reficre Acevedo al proyecto de empedrar las calles de Buenos Aires. Idea que, según él, «representaba toda una revolución en el ambiente atrasado de las colonias». Y, para ilustrar su afirmación, añade que el virrey (el marqués de Loreto en el caso), al ocuparse, en su memoria de gobierno, de los pantanos de las calles de Buenos Aires, sostuvo la tesis de que el empedrado podía ser causa del derrumbe de muchos edificios, «por el tormento que recibirían de los carruajes», sin contar con que ello obligaría a poner llantas de hierro a las ruedas de los vehículos y herraduras a los animales, «operaciones muy onerosas en su concepto, por lo cual sintetizaba así su plan de pavimentación urbana, nada menos que para la capital del virreinato». Y sigue la transcripción de la parte de la memoria en que el marqués de Loreto expone su criterio sobre lo que, por el momento, se podía hacer².

Ya a simple vista parece abusiva, para un historiador, la generalización de las ideas del virrey al ambiente general de la colonia, pues, hubiera podido muy bien ocurrir que no coincidieran. Pero, sobre todo, viniendo la reflexión a cuento de la señalada, entre otras cosas, por Bustamante y Guerra, gobernador de Montevideo, de que fueran empedradas las calles de esta otra ciudad. Además, tal oscurantismo, aún procediendo de España, no deja de sorprender, teniendo en cuenta la época en que se produce, que es la correspondiente al fin del reinado de Carlos III y primer año del de Carlos IV. Y, más aún, cuando se conoce la preocupación del marqués de Loreto por las cuestiones edilicias y la administración en general.

Porque no fue éste un virrey inactivo, negligente o incapaz, sino todo lo contrario. Su interés se ejerció sobre los más diversos aspectos que caían dentro de sus atribuciones. Así se desprende del informe presentado al cesar en el ejercicio de su cargo, en febrero de 1790. Que es extensísimo y sumamente minucioso en relación con la brevedad de su mandato, el cual no alcanzó los seis años. Precisamente, el que Acevedo menciona y del que extrae su curiosa reflexión.

² E. Acevedo, *Anales históricos del Uruguay*, t. I, págs. 36-37, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1933.

Una particular atención dedicó el virrey a la repoblación del ganado, enfrentándose (sin vacilar y con pleno éxito), con los intereses abusivos y bastardos de quienes medraban al calor de la complejidad, la tolerancia o la negligencia de las autoridades. Ocurría en muchos lugares, en efecto, que la ciega codicia suscitada por el comercio de cueros, había provocado una matanza excesiva, hasta el punto de arruinar a no pocas estancias. Pero el virrey no se contentó con tratar de atajar el mal, sino que se preocupó simultáneamente por aumentar el aprovechamiento de la grasa y el sebo y desarrollar la industria lanera, así como la de salazón de carnes. Todo ello, cuidándose siempre de que no redundara en perjuicio del volumen de los ganados, para evitar la ruina total de esta riqueza, que era la base de las mencionadas industrias. Procuró también incrementar la producción de trigo y, al tiempo que combatió la especulación de los panaderos en momentos de escasez, adoptó medidas para favorecer la exportación; pero dentro de los límites de las posesiones españolas. Puesto que las órdenes estrictas que tenía y de cuyo cumplimiento era responsable, así se lo imponían. Lo cual le obligó a combatir el contrabando, que, como él mismo señala, se hacía precisamente con el apoyo de los funcionarios que tenían la misión de perseguirlo. En fin, sobre todos los aspectos de su administración, de que da cuenta en su memoria, se hacen patentes el celo, la reflexión y el tino con que afrontó las diversas obligaciones de su cargo: sanciamiento del engranaje administrativo, justicia, hospitales y otros centros de beneficencia; fomento de la pesca, muelle de Montevideo, finanzas, más efectiva ocupación de las Malvinas, fijación de límites con los portugueses, asuntos eclesiásticos, etc.

En este último orden de cosas dedicó sus esfuerzos a corregir los abusos y limitar las influencias y atribuciones desbordantes de una jerarquía cómplice y copartícipe de privilegios, immoralidades y prebendas, al par que negligente en el cumplimiento de sus deberes. Sin olvidar, porque en la época eran importantes, las cuestiones relativas al ceremonial. Todo lo cual motivó una lógica y casi permanente sucesión de conflictos con el obispo bonaerense.

Porque puede decirse algo semejante en lo que se refiere al asunto del empedrado de las calles, es digno de destacar en este terreno, la matizada opinión del virrey en relación con las oposiciones para proveer vacantes. Constituye una prueba de su discernimiento y de su capacidad para percibir la inconveniencia de las generalizaciones aparentemente justas, pero que, en los hechos, conspiran precisamente contra los fines que se persiguen. Así, el virrey acepta el principio general de la oposición; pero, frente al punto de vista del obispo, que quiere universalizarlo, haciéndolo extensivo a las capellanías castrenses, no se le escapa lo engañoso del caso concreto. Que era que justamente la única excusa del jerarca eclesiástico para justificar la tar-

danza con que se trataban de abrir esos concursos era la falta de opositores «aunque sea su ánimo —agrega— para evadir la necesidad de sus propuestas, pasarse con interinos, y su relevo, interpretando el tiempo de su legítima subsistencia»³.

Con justicia pudo resumir Emilio Ravignani su actuación con las siguientes palabras: «Aunque no tan fecundo en realizaciones como el virreinato de Vértiz, su gestión se caracterizó por el orden, buena administración, fomento y perfeccionamiento de muchas obras de su antecesor», señalando, más adelante, que «debió resolver situaciones de gobierno complicadas que tuvieron su origen en un mayor desarrollo de la colonia y que él procuró vencer»⁴.

Pero ya es hora de que veamos cómo justifica el virrey su oposición, aparentemente tan oscurantista (lo que a esta altura ya está resultando bastante chocante), a que fueran empedradas las calles de la capital del Plata.

Lo primero con que nos encontramos al repasar su memoria, es con que, en realidad, el asunto no se presentaba tan huérfano de antecedentes como pueden hacernos creer las palabras de E. Acevedo que transcribimos al comenzar. Lo cierto es que se había efectuado previamente una serie de operaciones que, según el virrey, parecían encaminadas «á dar á los pisos un estado del cual se recomendase la necesidad de abrazar el proyecto de empedrar las calles»⁵. Y ocurrió que «nunca se vieron peores las calles» que después de esos trabajos. Habían corrido a cargo del ingeniero ordinario Joaquín Mosquera y habían comenzado durante la administración anterior. Era necesario hacer frente, pues, a una situación creada. Y, en esa situación, se incluía el descontento del vecindario por los trastornos y molestias que se le habían ocasionado.

En tales circunstancias, uniéndose esta impaciencia de los vecinos al convencimiento supuesto del virrey, una fácil medida hubiera podido o debido imponerse seductoramente a éste, si hubiera sido tan retrógrado como nos dice E. Acevedo: separar al ingeniero de la función que cumplía. Doble hubiera sido el resultado: los vecinos contentos y las calles sin empedrar. ¿Qué mejor medida para un gobernante que parecía ver con tanto horror la innovación?

Sin embargo, don Nicolás del Campo (que así se llamaba el virrey) no la adoptó. Y no porque no se diera cuenta de que eso le iba a ganar la simpatía general, lo que a ninguna autoridad molesta particular-

³ *Memorias de los virreyes del Río de la Plata*, Buenos Aires, Ed. Bajel, 1945, página 361.

⁴ E. Ravignani, «El virreinato del Río de la Plata (1776-1810)», en *Historia de la nación argentina*, vol. IV, secc. 1.ª, Buenos Aires, El Ateneo, 1945, págs. 194 y 197.

⁵ *Memorias de los virreyes...*, pág. 230. Las restantes referencias se hallan entre las págs. 229 y 234.

mente. Al contrario, lo ve con toda claridad; pero rechaza la tentación. Veámoslo con sus propias palabras: «el solo recurso de separar al ingeniero de tal incumbencia hubiera adulado al público: esto lo observaba muy bien el superior gobierno, pero deben mirarse las cosas por el resultado; no emprenderse solo por una popular aclamación, y aun cuando meditadas, se hallen necesarias las providencias, ha de buscárseles la coyuntura». ¿No se nos está escapando con esto la imagen del virrey de la silueta en que le quería encerrar el historiador uruguayo? Pues, vamos a tener ocasión de confirmar esta impresión a lo largo de este escrito.

Por ahora, digamos que la ocasión de proceder a una completa información sobre el punto, «sin riesgo de un estrépito», a juicio del virrey, se presentó cuando fue suprimido el gobierno de provincia. Entonces, pero con toda garantía, sin precipitaciones, se abrió expediente para que quedara bien establecido hasta dónde llegaban los «subterfujios» del ingeniero y hasta dónde «los accidentes que hubiese padecido». Pero, para evitar que Mosquera falsificara los datos de la encuesta, la apertura del expediente fue hecho con toda cautela: ordenando, «para no llevar la atención con un cuidado determinado a este punto», que el «comandante respectivo diese razón de todos los que aquel súbdito suyo tuviese».

El expediente seguía en proceso cuando el virrey dejaba de serlo, retardado, según éste, por esos mismos «accidentes» o «subterfujios». En todo caso, el objetivo de dicho expediente aparece bien precisado por el virrey: que Mosquera rindiera «cuentas a quien deba, de las cobranzas y exacciones que se hayan hecho bajo su inspección. De las contrabucciones públicas que tuvieron aquel objeto, y de los descargos con que se justifique su distribución».

Por lo que respecta concretamente a las calles, había ocurrido que el desagüe se había efectuado en forma bastante defectuosa en una parte de ellas, habiendo quedado las restantes sin desagüe alguno. Y eso fue lo que incidió sobre la opinión negativa del virrey en lo concerniente a su empedrado. En efecto, se dice en el informe que el referido desagüe fue obtenido mediante «unos desniveles tirados y líneas prolongadas, que precisamente dejaron una parte de las casas sumidas o enterradas, y otras sin cimientos; y no por eso se libraron estas calles de pantanos, que niegan el paso a veces a todo carruaje y a las caballerías, ocasionándolo esto el haber roto inconsideradamente su antiguo piso, y no arbitrado para endurecer el nuevo con cascotes que sumidos en los lodazares y pozos, proporcionarían una argamasa razonable con muy pocos pisonos al tiempo de las aguas, porque no hay otro mas efectivo».

Es decir, que la situación no se presentaba tan *ex nihilo* como pueden hacer creer los comentarios de Eduardo Acevedo, ni la opinión del

virrey, como veremos con mayor claridad, era tampoco tan absoluta como el gran historiador afirma, sino referida bien concretamente a las circunstancias del instante. En efecto, luego de señalar que el provisional arreglo había ya hecho sus pruebas el año anterior, cuando había sido necesario habilitar algunas calles «para las repetidas funciones públicas», expresa su recelo de que toda la barahúnda se hubiera armado con el deliberado propósito de hacer irremediable el empedrado en cuestión.

¿Tenemos aquí la razón del rechazo, que pudo haberle escapado a su autor? No hay tal. Aunque, si así fuera, la cosa presentaría ya un aspecto bastante diferente al que ofrecía en un principio. Pero, desde el punto de vista de la veracidad histórica, el error de Acevedo es más grave. Porque lo cierto es que, por mucho que pueda sorprender, don Nicolás del Campo no se oponía en forma tan tajante al susodicho empedrado. Y, para cerciorarnos, veamos lo que dice a continuación: «*Si* (el subrayado es nuestro) habían de empedrarse las calles, hubiera sido justo que se intentase antes de causar las obras y contribuciones antecedentes, que dejaron al vecindario menos sobrado y le encuentran desconfiado del proyecto, por estar tan reciente la inutilidad de lo sufrido.» ¡Estamos bien lejos de ese telón de fondo de horror a las innovaciones, en un ambiente atrasado ejemplificado en la mentalidad retrógrada del virrey, que con tan generosos trazos nos pintaba don Eduardo Acevedo!

Pero sigamos la exposición de este raro campeón del oscurantismo: «Si (siempre ese *si* predispuerto a la aceptación, que, extraña y reiteradamente, le escapó a D. Eduardo Acevedo) se empiedran las calles, no por eso ha de omitirse que se tomen puntos muy distintos para los niveles, pues como se llevaban quedaron muchas mas casas precisadas á reedificarse.»

¡Ahí hemos topado con la razón fundamental de la oposición, condicionada (no lo olvidemos) del virrey! Que no es, como vemos, una razón absoluta, sino una muy relativa y circunstancial, que tenía muy presentes los antecedentes particulares inmediatos. Que es la misión de todo gobernante... y también de todo historiador, por mucho que Acevedo lo haya olvidado, al menos en este caso.

Esto aparece, con meridiana claridad, unos párrafos más adelante: «Ha de considerarse —insiste el virrey— que los edificios mal construidos y débiles son la mayor parte de este pueblo y aun los mejores, de que el ingeniero ha dejado a la vista sus cimientos, verán más proxima su ruina empedrándose las calles, por el tormento que recibirán estas de los carruajes que no contrastan tanto en el actual piso.» Y aquí salta a la vista la sospechosa mutilación que sufre el fragmento, al ser transcrito por Acevedo, justamente de uno de sus

elementos fundamentales, el de los antecedentes precisos de la situación, que constituyen la razón misma del criterio sustentado.

Se convendrá, en todo caso, que, en tales condiciones, los temores del virrey no resultan tan descabellados. Y, al lado de ellos, aparece ya también con otra tonalidad la magnitud del motivo que le llevaba a desechar la solución de las llantas de hierro con que sería necesario calzar las ruedas de los carros, sin contar con que «las caballerías no podrán mas ir sin herraduras, cuyo costo en este país es mayor que el del caballo».

Pero el problema de los costes no sólo incidía en este terreno, sino también sobre la obra en sí. En primer lugar, porque la piedra no se encontraba en plaza y su transporte era también muy oneroso. Y, en seguida, porque la colocación de la misma resultaba igualmente cara en exceso. Un gasto, unido al otro, hacían un monto que, a juicio de don Nicolás (que estaba pagado para saberlo), se elevaba «á mas de lo que pueden atesorar los vecinos en muchos años, o separar de sus precisas atenciones». ¡Resulta verdaderamente injusto, y hasta cruelmente irónico, que un cuidado tan poco común en no exigir de los administrados más de lo que buenamente puedan aportar al erario público (que tan bueno hubiera sido imitaran tantos y tantos expositores que pasaron por América e incluso siguen actuando en ella) se transformara, en la pluma de Eduardo Acevedo, en motivo de tan acerba censura!

Y, sin embargo, a pesar de esas razones, el virrey no se oponía, digámoslo una vez más, a que las calles fueran empedradas. Lo que hacía era recomendar, en caso de que la operación fuera emprendida, que se hiciera paulatinamente: «Aun cuando se llevase adelante el pensamiento, sería impracticable abrazar proyectos grandes, y sería mejor emprenderlo por partes y por convenios entre los vecinos, calle por calle, auxiliándoles el gobierno con providencias de hecho, y sin tratar de una, hasta la esperiencia de lo que se hubiera observado en otra, para conseguir mejoras en la ejecución y mayor ahorro en los dispendios».

Como se ve, aquí no se trata más que de aquilatada prudencia. De no acometer una obra que, por su precipitación, resultara contraproducente. Procedía el virrey con conocimiento de causa, como lo demuestran aún más cumplidamente las palabras que siguen: «Debe tenerse presente que las calles y todo piso empedrado exige necesariamente reparos continuos, por que de otro modo a muy poco estarían peores; y es por esto inseparable de la primera atención la segunda, que es tener asegurados fondos para su entretenimiento.»

Si don Eduardo Acevedo, que, en la materia, conocía evidentemente mucho menos que el virrey, se hubiera tomado el trabajo de leer detenida y desapasionadamente estas consideraciones, y las hubiera tenido

en cuenta en su consulta de la prensa de las décadas siguientes (la que se sabe hizo), hubiera podido apreciar lo bien fundado de las mismas. Veamos, en efecto, a modo de ejemplo, lo que decía *El Universal* de Montevideo del 11 de agosto de 1830 (núm. 332), con respecto a esta última localidad: «Por un aviso del ministerio registrado en este mismo número, vemos la resolución del gobierno de renovar enteramente el empedrado de las calles de esta capital. La necesidad de esta medida es evidente; pero deseamos que ya que la autoridad se ha decidido á llevar a efecto una obra tan importante sea bajo el plan de una construcción más sólida que la que se adoptó por el gobierno portugués para el empedrado actual; supuesto que ninguna nos parece suficiente á garantizar su conservación mientras que en nuestro país no se sustituyan otros carruages á los carretillas enyantadas que todo lo destruyen, y sea permitido entrar á la ciudad las carretas de la campaña, cargadas con centenares de arrobas de peso. En otros países donde el comercio tiene un movimiento mucho más rápido y continuo que en el nuestro, se transportan los mayores volumenes en zorras sobre ruedas de madera bastante gruesas para que no ofendan el empedrado de las calles, y los transportes de la campaña para fuera de la ciudad, ó en mercados establecidos al proposito en los suburbios, no solo para consultar la conservación y la propiedad de las calles, sino para evitar otros inconvenientes que resultan de la introducción de las carretas en los pueblos.» Por su parte, el aviso oficial a que se refiere el diario, no se contenta con requerir propuestas sobre precios, sino también relativas a la sustitución de un plan de empedrado «menos defectuoso que el actual».

Como se ve, aparte el problema de las llantas, en que la experiencia conocida por *El Universal* se asevera parcialmente contraria a las previsiones del virrey, hasta el punto de descartarlas, en lo demás y en el fondo del asunto, esa experiencia posterior le daba plenamente razón y confirmaba sus dichos de manera absoluta. Y ni siquiera en el asunto de las llantas parece andar el virrey del todo descaminado, puesto que la destrucción de que se quejaba el diario montevideano era indudablemente debida a lo defectuoso del empedrado colocado por los portugueses. Que es precisamente lo que el virrey (que, en lo relativo a las llantas, sólo buscaba preservar las ruedas de los carruages) había previsto que debería ocurrir en Buenos Aires si se procedía a efectuarlo con la precipitación que desaconsejaba: «Cuando se empezó a tratar del empedrado, *sin hacer alto sobre el precedente* (el subrayado es nuestro), manifesté desde luego que eran intempestivas tales propuestas, y que así como fuera impracticable empezar una obra por su revestimiento, se experimentaría que no pudiendo ahora ni en mucho tiempo fijarse la piedra sobre un plan seguro (*id.*), aun antes que sufriese el gravoso peso de los carruages, por un preciso efecto de la filtración

de las primeras aguas se harían pozos donde remazaran las siguientes ; y mas bien despues que pasasen aquellos, *porque se dislocarian las piedras con su peso (id.).*»

Y resumía finalmente, demostrando, una vez más, lo matizado de su posición: «Por tanto: empiedrese o no; como para lo primero es forzoso empezar por fijar el piso y esto acaso bastando por si solo, podrá hacer preferible lo segundo, á lo cual, como menos costoso, pudiera muy bien suplirsele de bondad; habia yo creído, que solo debia tratarse por ahora de ir argamasando las calles con cascotes y tosca; que aun quedará mas unida al barro que la piedra»; recomendando se haga esa operación sobre los lodazales y cubriendo después todo el piso con arena buena. Para afirmar éste, señalaba la conveniencia de recurrir a las osamentas de los mataderos, por ser «mas ventiladas y depuradas de su medula, productiva de gusanos, aunque no nocivos, incómodos».

Dígase ahora si no era éste un criterio pormenorizado que revelaba un conocimiento bastante profundo del problema. Y que se ajustaba, además, a la norma de la buena administración, realizando, de esa forma, ensayos y tanteos que eliminaran posibles y serios tropiezos e inconvenientes. Ensayos múltiples, simultáneos, susceptibles de instruir «con la esperiencia lo que deba preferirse», ganando así, aunque él no lo diga, un tiempo precioso para llegar a la solución definitiva. Todo lo cual ofrece, evidentemente, menos inconvenientes «que los grandes proyectos en que se arriesga un sacrificio irremediable, y dejan la pena de ver enriquecidos unos pocos hombres con la sustancia de innumerables familias, o la desolación de los fondos públicos que tienen mas privilegiados acreedores en otras necesidades comunes».

¿Quién podría atreverse a reprochar al virrey esta preocupación social y de sancamiento administrativo, tan ilustradora de su mentalidad?

Pues aun adelanta una valiosa sugestión para el caso de que, de todas formas, pudiera ser indispensable alguna piedra: renovar «las sugerencias de gobierno para que las lanchas del tráfico traigan cada viaje la porción que se les señale» o, en su defecto, que sus dueños «compensen á la ciudad con la cuota que se fije, y sirva para el gasto que ocasionará la colocacion de la piedra donde convenga». Así, se facilitarían «insensiblemente porciones muy copiosas de piedras», de las que podrían disfrutar los vecinos en aquellos parajes en que conviniese usar de ella para impedir «el derrumbo de las aguas».

Y para que el transporte en la ciudad no resultara tampoco muy gravoso, preveía que las carretas que llevaban carga al puerto y volvían vacías, llevaran un viaje de piedra por lo menos al día, puesto que «sus dueños son los primeros interesados en que se pongan de buen uso los pisos», eximiéndoseles de la contribución mientras ese

servicio durara. Pero, una vez terminado, deberían contribuir semanal o mensualmente «para el fondo con que haya de ocurrirse al entretenimiento y subsistencia de estas obras, habiendo de ser estos carruajes los que más bien las disfruten y deterioren».

Como se ve, nada falta. Todo está previsto hasta en sus más pequeños detalles y pormenores por don Nicolás del Campo. No podía darse un pensamiento más prolijo sobre el particular. No queda resquicio alguno, a la vista de toda esta exposición, para la andanada que sobre él descarga don Eduardo Acevedo. Los dardos de éste yerran el blanco, porque van dirigidos contra alguien que precisamente no pertenecía a esa España retrógrada que justificó la insurrección que estallaría varios lustros después, sino a la España ilustrada que, de haberla dejado los enemigos de adentro y de afuera, hubiera acaso podido forjar las bases de una comunidad de pueblos libres y solidarios.

¿Cómo se explica entonces el ataque del autor de los *Anales*? Hay que descartar, de entrada, la suposición de perfidia. Que Eduardo Acevedo acusara falsamente al virrey Del Campo, a sabiendas de que sus palabras no tenían fundamento alguno, simplemente por añadir una mancha gratuita a la administración colonial en bloque, silenciando deliberadamente todo lo que se opusiera a su afirmación, es una hipótesis que no puede sostenerse a nuestro juicio. Carece de base sólida, teniendo en cuenta la personalidad del historiador uruguayo.

En cambio, su apasionamiento en favor de las ideas que profesaba se hace patente, como ya he señalado, en diversos lugares de su obra, y es generalmente reconocido, como también observé. Cuando sus ideas están en juego, su obra, más que historia, se convierte en alegato. Empleando su propio término, que no se reduce a su reivindicación de la figura de Artigas. Y una de esas ideas que abraza con calor y trata de servir con su trabajo, es precisamente la de la censura a la administración colonial. Una administración que, refundiendo en una sola cara los diversos aspectos adoptados por el poder español, a través de los tres siglos de dominación en América, era presentada con sus tintes más negros y retrógrados, que (no hay que olvidarlo) fueron precisamente los que adoptó en sus últimos tiempos. Se explica que Acevedo se inclinara a ver en forma exclusiva estas características más recientes, habiéndose propuesto comenzar su obra con las invasiones inglesas, premisa importante, para él, del movimiento independentista posterior. No percibió que, haciéndolo así, faltaba a la verdad histórica, desde el momento en que esos rasgos distintivos no corresponden al período anterior, que es justamente al que Acevedo se refiere. Sabido es que el gobierno de Carlos III representó en América, como en la propia metrópoli, un considerable progreso con respecto a la admi-

nistración precedente, que no fue mantenido en un cercano nivel por su sucesor. Y que el de éste se fue progresivamente deteriorando.

La realidad es siempre más rica que las ideas de los hombres. La política del despotismo ilustrado tuvo su eco potente en América, donde actuó como un fermento que, junto con la reacción posterior, fue uno de los factores que hicieron posible la insurrección general independentista tan pronto como el poder imperial se vio debilitado por la invasión napoléonica. Y el marqués de Loreto fue precisamente uno de los elementos activos de esa política ilustrada.

Resulta fácil, en todo caso, reconstituir, con grandes probabilidades de acierto el proceso mental que sufrió don Eduardo Acevedo. Fascinado por ese cliché fijo e inmutable a que nos hemos referido, y no interesando mayormente el punto al objeto de su exposición, como puede deducirse por el contexto, urgido por la conciencia de la obra monumental que había emprendido, leyó superficial y apresuradamente la memoria del virrey, deteniéndose en algunos párrafos y saltando los demás en una rápida ojeada. En una lectura a lo Thierry, que se envaneció de haber adquirido una especie de intuición que le permitía (en un anticipo del moderno método de lectura veloz), caer inmediatamente sobre el párrafo que tenía interés para él. Si es que no se contentó con una versión de segunda mano. Lo cierto es que, con uno u otro procedimiento, todos esos detalles que contradecían su primera impresión, debían escaparle y pasaron inadvertidos.

No puede pedirse a nadie simultáneamente vastedad y precisión. Y Eduardo Acevedo prefirió ampliamente la vastedad.